


La tierra como soporte material y simbólico de los adultos mayores en Viracachá, Boyacá, Colombia

Land as Material and Symbolic Support for Older Adults in Viracachá, Boyacá, Colombia

María Isabel Fonseca Tobasura

 <https://orcid.org/0009-0006-9464-7236>
Universidad de Caldas, Manizales, Colombia
maria.fonsecat@ucaldas.edu.co

Isaías Tobasura Acuña

 <https://orcid.org/0000-0001-5300-1195>
Universidad de Caldas, Manizales, Colombia
isaias.tobasura@ucaldas.edu.co

Resumen

En este artículo se analiza el significado de la tierra y el trabajo en la experiencia de vejez de hombres y mujeres campesinos de Viracachá, Boyacá, Colombia, desde el enfoque del curso de vida. A partir de una investigación cualitativa basada en entrevistas en profundidad, historias de vida y observación participante con cerca de 50 personas mayores, se examina cómo la tierra se constituye en soporte material y simbólico de la existencia campesina. Los resultados muestran que la tierra no solo garantiza la subsistencia, sino que también estructura identidades, relaciones de género, dinámicas de herencia y prácticas de cuidado. Mientras que en los hombres la pérdida de la capacidad de trabajo transforma su estatus social, en las mujeres el cuidado y el vínculo con la tierra permanecen como ejes de reconocimiento. Se concluye que la vejez rural debe comprenderse desde trayectorias vitales ancladas en la tierra.

Palabras clave: vejez rural, curso de vida, campesinado, identidad, herencia, cuidado.

Abstract

This article analyzes the meaning of land and work in the experience of aging among peasant men and women from Viracachá, Boyacá, Colombia from a life-course perspective. Based on a qualitative study using in-depth interviews, life histories, and participant observation with nearly 50 older adults, it examines how land functions as a material and symbolic support of peasant life. The findings show that land not only guarantees subsistence but also structures identities, gender relations, inheritance dynamics, and care practices. While for men the loss of work capacity transforms social status, for women caregiving and the bond with land remain central to recognition. The article concludes that that rural aging must be understood through life trajectories rooted in the land.

Key words: rural aging, life course, peasantry, identity, inheritance, care.

Recibido: 03/12/2025

Aceptado: 20/02/2026

Publicado: 20/04/2026



Introducción

En los estudios sociales sobre la vejez, las personas mayores en entornos rurales han sido históricamente invisibilizadas. Han predominado enfoques urbanos y asistenciales que reducen esta etapa de la vida a una experiencia de pérdida o dependencia y dejan en segundo plano el contexto, las trayectorias vitales y las relaciones profundas que las personas establecen con su territorio. En Colombia, esta invisibilización ha contribuido a que tanto las políticas públicas como la investigación científica reproduzcan una imagen parcial de la vejez, e ignoren dimensiones como el trabajo, la tierra, el cuidado, la religiosidad y el vínculo comunitario.

En este artículo se propone mirar la vejez desde otro lugar: desde las voces de hombres y mujeres mayores campesinos del municipio de Viracachá —en el departamento de Boyacá, Colombia— que han vivido en estrecha relación con la tierra a lo largo de su vida. Para ellos y ellas, trabajar no ha sido solo una necesidad económica, sino parte constitutiva del sentido de existir. La tierra no representa únicamente un espacio de producción, sino de memoria, herencia, legado e historia vivida, y aun en la vejez continúa siendo un símbolo de arraigo y dignidad.

En este texto se presentan resultados parciales de una investigación más amplia sobre la vejez en contextos rurales boyacenses, en la cual se abordaron diversas dimensiones de la experiencia de envejecer, tales como el cuidado, la enfermedad, la espiritualidad y la muerte. No obstante, para efectos de este artículo se analiza exclusivamente la dimensión relacionada con la tierra, entendida como soporte material y simbólico en las trayectorias de vida de las personas mayores. Las demás temáticas se mencionan únicamente como contexto general de la investigación, pero no constituyen el foco analítico del presente trabajo.

En este sentido, el artículo se orienta por la siguiente pregunta de investigación: ¿cómo se configuran el trabajo campesino y el vínculo con la tierra en la experiencia de vejez de hombres y mujeres rurales en Viracachá? El objetivo es comprender cómo se entrelazan el trabajo y la tierra en sus trayectorias vitales y cómo estos elementos continúan organizando su vida en la vejez. Este análisis aporta a los estudios sobre vejez rural al mostrar que la tierra y el trabajo no solo estructuran la vida productiva, sino que siguen siendo ejes fundamentales de dignidad, reconocimiento social y cuidado en la vejez campesina.

El análisis se basa en un enfoque cualitativo, narrativo y biográfico, sustentado en el enfoque del curso de vida, a partir de entrevistas en profundidad e historias

de vida realizadas a cerca de 50 personas mayores, con edades entre los 60 y los 90 años. Sus trayectorias permiten observar cómo el trabajo desde la infancia, el limitado acceso a la educación formal y la dedicación a la vida agrícola han marcado sus cuerpos, sus modos de vida y su manera de habitar la vejez. En sus relatos, el deseo de permanecer en la tierra hasta el final de sus días reafirma un vínculo que no se rompe con la pérdida de la capacidad física para trabajar.

El artículo se organiza en cuatro partes. En la primera se presenta el marco teórico-conceptual. En la segunda se expone la metodología. En la tercera se desarrollan los hallazgos y su discusión, organizados en torno a la relación entre la tierra, el trabajo, el cuerpo, la herencia y la vejez. Finalmente, se presentan las consideraciones finales, donde se reflexiona sobre los sentidos de la vejez rural más allá de los modelos urbanos de dependencia.

Marco teórico-conceptual

La vejez en contextos rurales ha sido abordada desde perspectivas que destacan la incidencia del territorio, el trabajo y las redes familiares en la configuración de esta etapa de la vida, especialmente en escenarios marcados por aislamiento institucional y migración juvenil (Caro Molina, 2017). Asimismo, se ha subrayado la dimensión de género y se ha puesto en evidencia cómo los roles sociales producen desigualdades en la autonomía, el cuidado y la participación comunitaria.

Este estudio se sustenta en el enfoque del curso de vida, según el cual la vejez se concibe como un proceso construido a partir de trayectorias laborales, relaciones familiares y transformaciones históricas, y no como una condición aislada. Esta perspectiva dialoga con la sociología rural y los estudios sobre envejecimiento, al reconocer la interacción entre tierra, trabajo, salud y redes de cuidado (Dulcey-Ruiz, 2015).

Para comprender el significado de la tierra y el trabajo en la experiencia campesina, se retoman los aportes de Eric Wolf, Alexander Chayanov y George M. Foster. Para Wolf (1982), la tierra y el trabajo constituyen ejes centrales de organización social e identidad. Chayanov (1974) permite entender la economía campesina como unidad doméstica de producción y consumo, donde la tierra sostiene no solo la subsistencia, sino también la autonomía y la dignidad. Por su parte, Foster (1965), a través de la noción de la imagen del bien limitado, ilumina las tensiones asociadas a la posesión y herencia de la tierra como recurso finito, prestigio y continuidad familiar.

Desde la interseccionalidad (Crenshaw, 1989), la vejez campesina se configura en la intersección de desigualdades de género, edad, clase y territorio, dimensiones que se expresan en la relación con la tierra y el trabajo. Finalmente, la teoría de la continuidad (Atchley, 1989) permite comprender cómo las personas mayores tienden a preservar estructuras identitarias y prácticas construidas a lo largo de su trayectoria, manteniendo vínculos y estrategias coherentes con su experiencia previa.

El municipio de Viracachá se localiza en la provincia de Márquez, departamento de Boyacá, y cuenta con una extensión de 64 km². Limita al norte con Soracá y Siachoque, al este con Siachoque y Rondón, al sur con Ciénega y al oeste con Boyacá y Soracá. Según las proyecciones del censo del Departamento Nacional de Estadística (DANE, 2018) para el año 2021, el municipio tendría una población de 2 829 habitantes, de los cuales 83.9 % residiría en la zona rural, distribuida en 10 veredas.

El 18.3 % de la población correspondía a personas mayores de 60 años, lo que evidencia un proceso de envejecimiento demográfico acentuado por la migración juvenil. En términos socioeconómicos, se presentaban altos niveles de informalidad laboral (94.3 %) y desempleo de larga duración (60.8 %). La infraestructura básica era limitada, con baja cobertura de alcantarillado (5.55 %) y deficiencias en saneamiento. La calidad del agua presentaba riesgo medio (IRCA¹ 18.44 %). Las principales causas de mortalidad se asociaban a enfermedades del sistema circulatorio.

La economía del municipio era fundamentalmente agrícola y de pequeña escala, basada en unidades productivas familiares. Predominaban cultivos como papa, maíz, arveja y productos de pancoger, destinados tanto al autoconsumo como a la comercialización en mercados locales. No se observaba una presencia significativa de agroindustria, por lo que la producción mantenía un carácter mayoritariamente campesino.

Este contexto permite comprender que la vida campesina en Viracachá se desarrolla en condiciones de precariedad estructural, donde la tierra y el trabajo siguen siendo pilares de la subsistencia, la identidad y el sentido de la vejez.

Metodología

El estudio se desarrolló desde un enfoque cualitativo, con un diseño narrativo y biográfico, sustentado en la perspectiva del curso de vida, que permitió comprender la vejez como un proceso construido a lo largo de trayectorias vitales

¹ IRCA: índice de riesgo de la calidad del agua para consumo humano.

marcadas por el trabajo, la relación con la tierra, la familia y el territorio. El trabajo de campo se realizó en el municipio de Viracachá, Boyacá, en distintas veredas de la zona rural, entre noviembre de 2021 y enero de 2022, durante aproximadamente dos meses y medio de inmersión total en el territorio. En este periodo se llevaron a cabo entrevistas en profundidad e historias de vida con cerca de 50 personas mayores, hombres y mujeres entre 60 y 90 años de edad. La selección de participantes se realizó con base en su residencia en el territorio, el vínculo sostenido con la actividad campesina y la disposición para narrar su trayectoria de vida. La observación participante y el registro en el diario de campo complementaron la información obtenida.

Las entrevistas y los registros del diario de campo fueron transcritos y organizados en forma de biografías ordenadas cronológicamente desde la infancia hasta la vejez. El proceso de organización y análisis de la información se realizó de manera manual, mediante lectura reiterada, codificación temática y construcción de matrices analíticas, sin el uso de software especializado. A partir de una lectura transversal y comparativa se identificaron temas recurrentes que dieron lugar a las categorías analíticas del estudio, en diálogo con el enfoque del curso de vida. El análisis se orientó al reconocimiento de patrones compartidos sin perder la singularidad de cada trayectoria. En la investigación se garantizó el consentimiento informado de las personas participantes, el uso de nombres ficticios y la protección de su identidad, respetando los relatos como formas de conocimiento situadas y preservando la dignidad de las personas mayores.

Las biografías reconstruidas en las veredas de Viracachá permiten comprender la vejez como continuidad más que como ruptura: un proceso configurado a lo largo del curso de vida, atravesado por transiciones y reorganizaciones constantes. Del análisis emergieron cuatro categorías: continuidad campesina, arraigo posproductivo, cuidado interdependiente y fe como práctica activa, las cuales evidencian que la experiencia de envejecer se encuentra profundamente anclada en la tierra, el trabajo, las redes familiares y la religiosidad.

Esta lectura dialoga con la teoría de la continuidad (Atchley, 1989), según la cual las personas mayores tienden a preservar las identidades y prácticas que han construido a lo largo de su trayectoria. En Viracachá, la persistencia en el trabajo agrícola y el deseo de seguir siendo útiles cuestionan el modelo urbano de retiro como marcador normativo de la vejez. Asimismo, en diversas investigaciones latinoamericanas se ha destacado la centralidad de la familia y las redes de apoyo en la configuración del envejecimiento (Montes de Oca Zavala, 2013), situando

estos hallazgos en un marco regional más amplio. Desde una perspectiva crítica, también se ha señalado que el envejecimiento se configura en contextos históricos y estructurales específicos, atravesados por desigualdades económicas y laborales (Powell y Khan, 2014).

En este artículo se profundiza particularmente en la categoría de continuidad campesina. Las trayectorias vitales muestran que la tierra y el trabajo constituyen la columna vertebral de la identidad rural; no solo garantizan la subsistencia, sino que estructuran la memoria, la pertenencia y el reconocimiento. Desde la infancia, marcada por una escolaridad fragmentada y un aprendizaje práctico en cultivos y cría de animales, hasta la vejez, el trabajo se mantiene como eje organizador del tiempo, del territorio y de la experiencia de envejecer. La vejez, en este sentido, no representa una ruptura con la identidad campesina, sino su reconfiguración.

La lucha por la tierra

Las personas mayores provienen de familias numerosas en las que su fuerza de trabajo, aunque limitada por la edad, fue fundamental desde la niñez para contribuir a la supervivencia del hogar. En este contexto, la escuela no se configuraba como una prioridad, especialmente para las mujeres, pues el trabajo era considerado suficiente como forma de aprendizaje para la vida. Como ya lo señalaba Virginia Gutiérrez de Pineda (1996), existía una reticencia marcada frente a la educación femenina en estas zonas, condicionada por factores económicos y por los roles de género, en los que la formación escolar de las niñas solo era permitida cuando no representaba un gasto adicional para la familia.

El acceso a la escolarización resultaba, en muchos casos, casi impensable. Las distancias, las múltiples necesidades del hogar y las exigencias del trabajo agrícola alejaban a los niños de la escuela. En el caso de las niñas, esta exclusión fue aún más marcada, pues se consideraba que no necesitaban aprender a leer y escribir, sino adquirir los saberes propios del campo y del hogar, aprender a cuidar y prepararse para el matrimonio. La expectativa social era que, con un esposo que supiera leer, escribir y realizar operaciones básicas, podrían subsistir y sostener un hogar.

Tere mencionó que su paso por la escuela fue breve: «Estuve hasta tercero, pero en la escuela [de la vereda] Caros, pues, mis papás dijeron que ya uno era

muy viejo para estar en la escuela, y que ya buscaba era novio y no hacía nada en la casa, y nos cogían así a trabajar» (entrevista, 25 de noviembre de 2021).

Otras experiencias similares narradas fueron las siguientes:

Yo a la escuela no fui, yo no me echaron a la escuela. Por allá me llevaron un año a la escuela y por allá cada mes me dejaban ir un día (Antonia, entrevista, 29 de diciembre de 2021).

Hasta segundo de primaria y ya no, era que el anciano era jodido, eran jodidos, el que apenas aprendiera a escribir su nombre y no más, esa gente [...] (Pedro Luis, entrevista, 5 de diciembre de 2021).

Yo estuve solo dos años, yo aprendí a leer y escribir bien. Pero yo en el año asistiría por ahí tres meses porque me dejaban ir día de por medio. En el caso si había que ayudar a ver el ganado y las ovejas, entonces no me dejaban venir [...] pero yo sí aprendí. Que lo hubieran dado a uno estudio en ese tiempo había sido profesor, no estarían estas consecuencias (Javier, entrevista, 15 de diciembre de 2021).

Con la cría de animales, actividad en la que participaron desde la niñez, adquirieron hábitos de cuidado y paciencia, pues esta práctica implica tiempo, constancia y dedicación. Los cultivos, por su parte, reforzaron su concepción del tiempo y de la espera como elementos centrales de la vida campesina. Aprendieron que los ciclos productivos implican múltiples tareas que se deben realizar en momentos precisos y que, aun cumpliéndolas rigurosamente, el resultado final queda bajo la voluntad de Dios, lo cual interiorizaron como una enseñanza de resignación, pero también de fe. Las buenas cosechas se vivieron como bendiciones, y hoy, en la vejez, forman parte de su discurso de honor y de la memoria de una vida marcada por el esfuerzo.

Sonia definió su infancia de la siguiente manera: «Ay, pues uno chico a cargar leña, a ver ganado, a cocinar, por ahí acompañar a mi abuelita» (entrevista, 10 de diciembre de 2021).

A través de la posesión de los primeros animales durante la niñez, las personas mayores aprendieron el valor de la propiedad, la importancia de tener algo propio. Esta experiencia temprana de posesión fue configurando una noción de reconocimiento social que, más adelante, siendo ya adultas, les permitió aspirar al matrimonio y a la conformación de un hogar. A pesar de ello, los dolores de la infancia permanecen como parte de su memoria: el maltrato en la escuela o

la prohibición de asistir, el cuidado de los hermanos y, en algunos casos, de los padres, la ausencia provocada por la orfandad y los juegos furtivos en medio del trabajo marcaron profundamente sus trayectorias de vida.

Poseer la tierra representó para hombres y mujeres una forma de libertad. Aprendieron que debían tener algo propio, aunque fuera poco: un lugar donde vivir y una extensión de tierra para trabajar y subsistir. No deseaban ser sirvientes de nadie, y de sus padres aprendieron el valor de la autonomía. La lucha por la tierra les otorgó alivio y, hasta hoy, se reconocen a sí mismos como personas libres: solo Dios puede despojarlos de la tierra, pero esta quedará en su descendencia como herencia y legado. En Boyacá, la tierra forma parte esencial de la vida y de la cultura campesina, como lo expresa Caballero Calderón (1974) al señalar la profunda diferencia entre la experiencia del campesino con tierra y la de quien no la tiene.

Uva expresó esa continuidad intergeneracional al afirmar: «Sí, esto es herencia de mis papaes. Este pedazo de tierra, de la quebrada pa' arriba, eso es harta tierra. Y allá en El Perico, en el otro lote, ese es herencia de mi papá, de los papaes de él que le dejaron» (entrevista, 8 de diciembre de 2021).

La lucha por la tierra comenzó durante la infancia y ha continuado hasta la vejez. En una primera etapa, esta lucha tuvo lugar en el seno familiar. Todos trabajaron en las tierras de sus padres, las cuales luego se convirtieron en su primer sustento al inicio de la vida independiente y del matrimonio. Como se mencionó, desde niños aprendieron la cría de animales y el cultivo de la tierra, además de las prácticas básicas del comercio. Los hombres, no estuvieron cercanos a las labores de cuidado dentro del hogar —como lavar, cocinar o cuidar de los hermanos menores—, actividades que se organizaron de manera diferenciada según el género.

Los hombres sabían que, como futuros proveedores, debían procurar su independencia; para ello, muchos trabajaron como mano de obra migrante en otros departamentos. En sus relatos aparecen expresiones como «estuve en el mercado de hombres» o «intercambié vida por plata» (don Ramón, entrevista, 18 de diciembre de 2021), con las que sintetizan experiencias de trabajo temporal, principalmente como jornaleros en la Sabana de Bogotá. Allí enfrentaron hambre, frío y jornadas extensas bajo el sol. Estas migraciones laborales les permitieron reunir los recursos necesarios para pagar sus tierras a la Caja Agraria y consolidar, con el tiempo, un pequeño patrimonio propio, aunque en sus inicios les resultó insuficiente para sostener un hogar en expansión.

Trabajo, tierra y desigualdad estructural

Desde la niñez, las mujeres participaron activamente en las labores agrícolas y domésticas. Aprendieron a cuidar los cultivos de maíz, papa, habas y hortalizas; a ordeñar, criar ovejas y gallinas; a cocinar para la familia y para los obreros; a cuidar de hermanos menores y de los padres en la enfermedad. Asimismo, adquirieron conocimientos en costura, tejido y comercialización de productos en el mercado local. Cuando la ausencia de tierra o su precariedad se tradujo en hambre, varias se vieron obligadas a migrar a las ciudades siendo aún niñas o adolescentes, donde trabajaron como empleadas domésticas. Estas experiencias les permitieron aprender a sostenerse económicamente y les otorgaron cierta capacidad de agencia en la vida conyugal y, posteriormente, en la viudez. No obstante, desde una lectura de interseccionalidad (Crenshaw, 1989), dichas trayectorias también pueden comprenderse como resultado de desigualdades de género aprendidas en el hogar y reproducidas en el mundo laboral, donde debieron asumir dobles y triples jornadas de trabajo.

En cuanto a los hombres, el trabajo fue un elemento rector en la construcción del carácter campesino. Les otorgó valores, reconocimiento social y un estatus de respeto dentro de la comunidad. En la juventud, contar con tierra y demostrar capacidad de trabajo les permitió ser considerados hombres responsables, decentes y trabajadores, condición que facilitó el acceso al matrimonio, la conformación de un hogar, la participación en la modalidad de trabajo en socia —trabajo en asociación con otro campesino—, la adquisición de tierras o animales y su inserción plena en la vida comunal a través de vínculos como el compadrazgo.

Por su parte, el trabajo enseñó a las mujeres los saberes necesarios para sostener la vida, para ser madres y garantizar la supervivencia de sus hijos e hijas. Aprender a cultivar y a criar animales hizo posible la alimentación de las personas del hogar, mientras que la costura, el tejido y el pequeño comercio les otorgaron ciertos márgenes de independencia económica que les ayudaron a cubrir los gastos de vestido y de alimentación de los hijos. Estas actividades también les permitieron participar en las decisiones del hogar, posicionarse como autoridad en la casa y fortalecer los vínculos de afecto y cuidado que hoy reciben de sus hijos.

Las tierras que muchos hombres mayores trabajaron desde la niñez constituyeron, en algunos casos, el primer recurso para subsistir al inicio de su vida independiente. Para las mujeres, sin embargo, la tierra no fue solo un insumo productivo, sino también un refugio frente a la violencia y a la falta de reconocimiento del

«patrón» (esposo) hacia su trabajo. Las tierras heredadas de sus padres las protegieron del despojo, del hambre y, en ocasiones, de la violencia experimentada durante sus matrimonios. Por ello, las mujeres defendieron sus tierras como uno de los pocos bienes propios y como la principal herencia posible para sus hijos.

El trabajo también adquirió un profundo sentido religioso. En la experiencia de estos hombres y mujeres mayores, ser buen cristiano implica trabajar de sol a sol, pues el trabajo constante evita el ocio y el pecado, mientras que el esfuerzo es recompensado por Dios con salud, compasión y consuelo. Esta ética del trabajo se inscribe en el complejo sociocultural andinoamericano, que se encuentra estructurado por normas y valores católicos orientados desde la parroquia bajo la tutela del sacerdote (Gutiérrez de Pineda, 1996).

La tierra les ha concedido libertad, aunque también ha significado una forma de atadura de la que les resulta imposible desprenderse. Abandonarla o dejarla a merced de otras personas es impensable: «Yo no vendo mi tierra, que la vendan mis hijos». Como bien en disputa y medio de conquista, la tierra genera afectos y consolida familias, así como alianzas de matrimonio, compadrazgo y comunidad, pero también provoca conflictos, desencuentros y hostilidades. No todas las alianzas fueron voluntarias; en los relatos aparecen matrimonios impuestos por intereses económicos, explotaciones prolongadas y violencias asociadas a disputas por la tierra, lo que muestra su doble condición como sustento de vida y como origen de profundas tensiones.

En estas tierras se concentra la historia de las personas mayores, con sus triunfos y fracasos. La tierra es, para ellos, símbolo de honor y, en ocasiones, también de dolor. La experiencia de la vejez no podría narrarse de la misma manera en otro lugar: el paisaje recuerda los espacios vividos, las casas remiten a vecinos y compadres, y la extensión de la tierra da cuenta material de lo conseguido a lo largo de la vida. Si dejaran de habitar estos territorios, sus memorias perderían gran parte de los referentes que les permiten reconstruir y transmitir su historia. Los objetos, las casas y los caminos funcionan como soportes sensibles de la experiencia pasada y activan sensaciones, recuerdos y afectos vinculados al trabajo y a la vida compartida.

En este sentido, la tierra se constituye como lugar de la memoria campesina. También es el bien que se hereda a los hijos, tal como hicieron sus propios padres, para garantizar su sustento y continuidad. A través de la herencia, los mayores legitiman socialmente el afecto, la disciplina, el honor, su historia y su valor como campesinos. Heredar no consiste solo en transferir un bien material,

sino en transmitir un modo de vida y una trayectoria que encuentran en la tierra su principal soporte.

La tierra y el trabajo como ejes de la vida campesina

Eric Wolf (1982) propone que la principal característica del campesinado es su estrecha relación con la tierra, ya que su subsistencia se basa fundamentalmente en el trabajo agrícola y pecuario. Aunque su formulación teórica se construye a partir de contextos no latinoamericanos, los rasgos que describe resultan pertinentes para comprender la experiencia de los mayores en Viracachá. Para Wolf, los campesinos, aun con dinámicas de vida distintas a las urbanas, no están aislados del sistema social más amplio, sino que construyen su individualidad en una relación recíproca con este.

Desde esta perspectiva, Wolf (1982) caracteriza a los campesinos a partir de tres elementos: la economía dual, la relación con la tierra y la vulnerabilidad. En el caso de las personas mayores de Viracachá, aunque las dinámicas productivas han cambiado y se han visto atravesadas por la lógica del mercado, la producción para el autoconsumo sigue siendo una de las principales razones por las que continúan trabajando la tierra. Para ellas es fundamental que una parte de su alimentación provenga directamente de la finca, y les resulta doloroso, e incluso incomprensible, depender del supermercado para abastecerse de alimentos. En sus relatos se evidencia la importancia de mantener gallinas, ganado y pequeños cultivos, que trabajan a pequeña escala y de acuerdo con sus posibilidades físicas. La persistencia en la agricultura, como en el caso de don Franco, muestra cómo buscan estrategias, como el trabajo en socia, para dar continuidad a la producción y al autoabastecimiento.

La lógica del autoconsumo se vincula estrechamente con la autonomía como valor propio de la vida campesina. En la lucha por la supervivencia, depender exclusivamente del mercado o del dinero para acceder a los recursos genera vulnerabilidad y pone en riesgo el bienestar. Esta lógica también se articula con el cuidado de los hijos. En el caso de las mujeres, prolongar el cuidado a lo largo de toda la vida se expresa en prácticas como mantener gallinas, vacas o huertas con el propósito de ofrecer alimentos a los hijos cuando regresan de visita. A los mayores les preocupa que, en las ciudades, sus hijos tengan que comprar todos los alimentos a mayor costo y con calidad incierta, por lo que la producción propia continúa siendo entendida como una forma de protección, cuidado y autonomía.

Para Eric Wolf (1982), la relación de los campesinos con la tierra trasciende su condición de simple medio de producción. La tierra constituye la base de la identidad, de la cohesión familiar y de su espiritualidad, y en ella se construye el mundo simbólico de la vida campesina. No se trata únicamente de un factor económico, sino de un eje organizador de las relaciones sociales. En torno a la tierra se estructuran los vínculos familiares y de parentesco, el compadrazgo y, de manera más amplia, la vida comunitaria. Aunque el autor distingue dimensiones sociales, espirituales e históricas, en este trabajo se enfatiza particularmente la dimensión social.

Las formas de elegir pareja, construir el hogar y organizar las dinámicas familiares han estado determinadas por la tierra, el trabajo y la búsqueda de supervivencia. En esta región, especialmente en las zonas rurales, la endogamia fue una práctica frecuente asociada a la posesión de tierras, pues casarse entre familiares permitía evitar la fragmentación de las propiedades y conservarlas a lo largo de las generaciones. Las alianzas matrimoniales se sustentaban en intereses económicos y en el cumplimiento de valores propios del mundo campesino. Entre estos valores se encontraban la responsabilidad en el trabajo, la disciplina y una vida sin vicios. En el caso de las mujeres, se esperaba además que fueran juiciosas, que no se les hubiera visto con hombres y que supieran cuidar la tierra, los animales y la familia. En el caso de los hombres, se valoraba igualmente la capacidad de trabajo y, de manera preferente, la posesión de tierra y la independencia.

En el relato de don Franco, la búsqueda de esposa se asocia a una necesidad concreta de cuidado doméstico, ya que, ante la enfermedad de su madre, necesitaba a una mujer que lo asistiera. En el caso de muchas mujeres, casarse no dependió de su decisión, pues en la mayoría de los casos fue la familia la que determinó la pareja y el momento del matrimonio. Virginia Gutiérrez (1996) señaló que, en el altiplano cundiboyacense, a diferencia de otros contextos, el matrimonio implicaba que la mujer fuera trabajadora y creadora de riqueza, una condición fundamental para ser considerada apta para la vida conyugal.

Eric Wolf (1982), por su parte, plantea que la familia constituye la unidad central de la vida campesina, razón por la cual todos sus integrantes participan de manera fundamental en el trabajo, desde los más pequeños hasta los más viejos, de manera que todos contribuyen a la reproducción del grupo. Esta organización respondió, entre otros factores, a la condición de pobreza y a la existencia de pequeños minifundios, en los que la producción alcanzaba, en la mayoría de los casos, apenas para la subsistencia. Las familias se alimentaban principalmente de

lo que producían, y destinaban los escasos excedentes a la compra de mercancías, alimentos y enseres que no podían obtener por cuenta propia, pero no eran suficientes para contratar mano de obra externa.

Esta centralidad de la familia también es retomada por A. Chayanov (1974), quien la define como la «unidad de producción y consumo». En consecuencia, las decisiones sobre el trabajo, el consumo y la distribución de los recursos se encontraban determinadas por las necesidades del grupo familiar. En los hogares donde crecieron los mayores, las demandas de trabajo y de cuidado superaban con frecuencia las capacidades del padre y la madre, por lo que los hijos debieron asumir desde temprana edad roles en la producción, en la cría de animales y, en el caso de las mujeres, en el cuidado de los más pequeños. Esta organización, como se mencionó previamente, tuvo como consecuencia la limitación del acceso a la escuela, a la alfabetización y al aprendizaje formal, situación que hoy, en la vejez, recuerdan como una fuente de frustración.

En la mirada retrospectiva de las personas mayores aparece, con frecuencia, la esperanza ya desvanecida de aquello que pudo haber sido y no fue, un estado de frustración que se intensifica cuando reconocen que muchos de los eventos que marcaron su vida no dependieron de sus propias decisiones, sino de las de otras personas, especialmente durante la infancia. Aunque en su mundo de significado atribuyen el destino a la voluntad divina, también reconocen que disponer de más oportunidades les habría permitido una vida menos sacrificada y quizá menos dolorosa. A pesar de haber reproducido la vida campesina de sus padres y de haber organizado su propia familia en torno a la supervivencia y a la reproducción del hogar, ofrecieron a sus hijos más posibilidades. Ninguna de las personas mayores señaló que sus hijos se hubieran visto privados del acceso a la educación; por el contrario, manifestaron un profundo orgullo al constatar que, en una sola generación, se pasó de padres apenas alfabetizados a hijos con formación profesional.

La educación de estos mayores no se limitó a la escasa escolarización. Su aprendizaje fue fundamentalmente práctico y se desarrolló en el espacio cotidiano del trabajo. Como se mencionó previamente aprendieron a cultivar, a criar animales, a comerciar y a desenvolverse en todas las actividades necesarias para construir su propia vida y garantizar su subsistencia. En medio de este aprendizaje situado incorporaron, de manera indirecta, los valores culturales propios del campesinado de la región. La mayoría inició su vida laboral alrededor de los

cinco o seis años y, algunos, incluso superados los 85 continúan desempeñando labores acordes con sus posibilidades físicas.

Desde la perspectiva de Eric Wolf (1982), las mujeres desempeñan un papel fundamental en la producción, en el hogar y en la transmisión de conocimientos. En los entornos campesinos colombianos, y particularmente en el contexto boyacense, las mujeres trabajan junto a sus esposos en las labores agrícolas, mientras que la cría de animales recae principalmente sobre ellas y sobre los hijos. A estas responsabilidades se suma la crianza de los hijos, la provisión de alimentación, vestido y educación, así como el cuidado general del bienestar familiar. Desde la perspectiva de Kimberle W. Crenshaw (1989), los relatos permiten observar cómo estas múltiples responsabilidades se inscriben en relaciones de desigualdad, en las que las mujeres debieron responder a las demandas del trabajo en la tierra dentro y fuera del hogar, mientras que, en muchos casos, las ganancias del trabajo del grupo familiar eran administradas exclusivamente por los hombres, incluso en detrimento del bienestar del hogar.

Muchas de las necesidades descritas en los relatos no se explican por la ausencia de ingresos o por su insuficiencia, sino por la forma en que estos se administraban en el hogar, pues en numerosos casos quienes controlaban los recursos no los destinaban al bienestar de la familia. Como consecuencia de ello, las mujeres desarrollaron estrategias propias de supervivencia, entre las que destacan actividades como la modistería, el comercio de productos como huevos, quesos y cuajadas, y, en algunos casos, la elaboración de lazos y canastos. Estas actividades les permitieron suplir necesidades básicas y sostener parcialmente la economía doméstica.

A lo largo de sus vidas, las mujeres mayores han sido doblemente explotadas y excluidas. Desde la infancia, aunque el acceso a la escolarización fue limitado para niños y niñas, en las mujeres esta restricción fue más profunda y respondió a razones específicas. A los hombres se les negó la escuela principalmente porque eran considerados mano de obra necesaria en las tierras familiares; además, influían otros factores como las distancias, la precariedad del sistema educativo de la época y la escasa valoración de la educación formal por parte de los padres. En el caso de las mujeres, a estas razones se sumaron otras cargas: si eran hijas mayores, debían asumir la crianza de los hermanos menores, ayudar en la preparación de alimentos para los obreros en tiempos de cosecha, cuidar a los padres enfermos o, en situaciones más extremas, reemplazar a la madre en las labores del hogar sin importar su edad. A ello se sumaron la interrupción de los

estudios al llegar la menstruación, ante la ausencia de condiciones mínimas de higiene, y los matrimonios tempranos impuestos por las familias, que marcaron el fin definitivo de la etapa escolar.

Las desigualdades entre hombres y mujeres también se expresaron de manera marcada en la relación con la tierra y el trabajo durante la juventud. Los hombres comenzaron a trabajar fuera de sus tierras desde temprana edad, primero en predios vecinos y luego en otros municipios, movidos tanto por la necesidad de subsistencia como por el deseo de emancipación respecto de sus padres. Las mujeres, en cambio, junto con sus hijos, permanecieron bajo la autoridad del «patrón» del hogar, siendo objeto de diversas formas de explotación. Sin embargo, los hombres también experimentaron relaciones de subordinación en su niñez y juventud; con el tiempo, muchos pasaron a ocupar el lugar del patrón y reprodujeron las mismas dinámicas. Esta comparación no busca desconocer el esfuerzo y la dureza de la vida de las personas mayores, sino evidenciar las profundas desigualdades que marcaron las trayectorias de hombres y mujeres y que resultan fundamentales para comprender las diferencias en sus experiencias de vejez.

Durante su juventud, muchos de los hombres fueron explotados por sus propios padres, pues debían trabajar sin recibir otra remuneración distinta a las condiciones básicas de subsistencia dentro del hogar. No obstante, durante su juventud previa al matrimonio pudieron aprovechar las mayores libertades que les otorgaba su condición de género para movilizarse, acumular recursos y dar los primeros pasos en la construcción de un patrimonio propio, proceso que se consolidaba con el matrimonio. En contraste, las mujeres no gozaron de esta libertad ni en su hogar de origen ni en el construido conyugalmente. Para algunas, el reconocimiento de la propiedad de la tierra solo fue posible tras la muerte del esposo, cuando ya no existía quien pudiera refutar que la tierra también era resultado de su trabajo, invisibilizado durante años junto con el de sus hijos.

Durante la infancia, las mujeres fueron dependientes de sus padres y, posteriormente, pasaron a depender de sus esposos. En contados casos, lograron ciertos grados de independencia a partir de la herencia de tierras o del desarrollo de otros oficios. La propiedad de la tierra resultó esencial para ellas, pues representó refugio, defensa y sustento para sí mismas y para sus hijos. En la mayoría de los casos, la independencia femenina fue forzada y estuvo asociada a pérdidas significativas, como la orfandad o la enfermedad. Algunas mujeres mayores relatan cómo la muerte de uno de sus padres las obligó a salir del hogar y a buscar su

propio sustento, mientras que otras asumieron tempranamente el rol de madres y adultas para garantizar el bienestar de sus hermanos menores.

En el caso de los hombres, las pérdidas se manifestaron de manera distinta, pero también transformaron sus dinámicas de vida. Cuando faltó alguno de los padres, la familia debió reorganizarse, lo que implicó cambios en los roles: las mujeres pasaban de ser hermanas a asumir funciones maternas, y los hombres de ser hijos a convertirse en el principal apoyo de la madre, participando activamente en las decisiones sobre el trabajo y la tierra.

Aunque las labores de cuidado recayeron predominantemente sobre las mujeres, no estuvieron exclusivamente a su cargo. En la vida de don Pedro Luis, por ejemplo, su posición como hijo menor, más que otorgarle ventajas frente a sus hermanos, configuró una serie de deberes hacia sus padres. Su principal responsabilidad fue acompañarlos hasta casi el final de sus vidas, circunstancia que resulta significativa porque determinó que hoy, siendo un hombre que supera los 80 años, sea soltero, no tenga hijos y viva solo.

El valor de la tierra y el trabajo en la vejez

La tierra ha sido y continúa siendo el principal sustento de las personas mayores. Los ingresos que les genera resultan suficientes para cubrir sus necesidades inmediatas; sin embargo, su valor no se limita al plano económico, sino que adquiere un profundo significado simbólico. La tierra es también el soporte de sus historias de vida, pues los ha acompañado desde los primeros recuerdos de la infancia hasta la vejez. En los relatos de los hombres, el pasado se construye como una imagen de triunfo: la tierra y el trabajo aparecen como fruto exclusivo de su propio esfuerzo. Aquellos que ya no trabajan describen esta situación como resultado de decisiones ajenas, generalmente tomadas por sus hijos, y no como una consecuencia directa de la incapacidad física. El no trabajar en la vejez se asocia para ellos con la pérdida de valía personal, ya que la masculinidad se encuentra anclada en la capacidad de trabajo, la fuerza y la agilidad física, atributos que los validan como hombres y les otorgan un lugar de respeto dentro de la comunidad.

En el caso de las mujeres, la relación con la tierra se construye desde la realidad inmediata. Cuando son viudas, la tierra se asume como un bien propio; cuando aún conviven con sus esposos, la posesión se enuncia en plural: «nuestra tierra». A diferencia del relato masculino, su pasado no se describe desde la victoria, sino

desde la resignación y la resiliencia, marcadas por la obediencia a las órdenes del patrón y, en muchos casos, por el maltrato.

En el mundo campesino, la tierra representa estatus y, a lo largo del curso de vida, otorga un lugar de carácter simbólico: un lugar en la comunidad, en la familia y en el universo social de la vejez. Las personas mayores trabajan hasta que su cuerpo se lo permite o hasta que los hijos se lo autorizan. Para ellos, el trabajo no es solo un oficio ni únicamente un medio para obtener dinero; es parte constitutiva de su vida cotidiana, tan necesario como el alimento. No conciben otra forma de transcurrir sus días, por lo que continúan vinculados al trabajo en la medida de sus posibilidades. La dignidad humana se construye, para ellos, mientras se trabaja o mientras se posee tierra, pero también cuando ya no se trabaja en ella directamente.

La mirada comunal tiene un peso fundamental en la manera como las personas mayores viven y significan su vejez. La capacidad de trabajo, la independencia, la movilidad y la solvencia económica determinan tanto la forma en que son vistos como la manera en que se sienten percibidos. Para muchos mayores, uno de los aspectos más complejos de la vejez es enfrentar el cambio de estatus dentro de la comunidad: pasar de ser personas que trabajan, ordenan, poseen y deciden, a convertirse en sujetos merecedores de compasión. En el caso de los hombres, la construcción de la masculinidad a lo largo de la vida ha estado profundamente mediada por la fuerza, la capacidad de trabajo y la posesión de bienes, atributos que los dignifican como hombres hegemónicamente aceptados en las sociedades campesinas. En este marco, el «ser hombre» se encuentra directamente vinculado a la capacidad de trabajar.

El trabajo rural exige principalmente fuerza física y resistencia, de modo que ser buen trabajador equivale a ser fuerte y resistente. La aceptación como hombre hegemónico se mide a partir de estas capacidades: quién puede cargar mayor peso, quién es más ágil para cosechar o deshierbar, quién soporta mejor las condiciones climáticas o los efectos del trabajo con agroquímicos. Desde la infancia y la juventud, estos atributos configuran el reconocimiento social positivo o negativo. Quienes demuestran fortaleza y eficiencia son objeto de admiración y reconocimiento como «verdaderos hombres»; por el contrario, quienes no muestran la misma resistencia suelen ser catalogados como frágiles, perezosos o malos para el trabajo, y, en consecuencia, considerados hombres incompletos.

En la juventud, corresponder a este modelo de masculinidad hegemónica les posibilita ser llamados a trabajar en otras tierras, ser recomendados por otros tra-

bajadores, establecer alianzas en modalidades como la socia y ser aceptados en los círculos sociales que se configuran alrededor del consumo de licor. Este lugar «digno» dentro de la comunidad se traduce en afectos, reconocimiento y prestigio, que alimentan no solo el ego individual, sino el reconocimiento familiar.

Masculinidad y pérdida del trabajo

En la vejez, la pérdida más dolorosa para muchos hombres es aceptar que ya no pueden trabajar, que ya no «sirven», como ellos mismos lo expresan. La disminución de la capacidad laboral no solo representa una posible inestabilidad económica, sino una transformación profunda de su identidad: dejan de ocupar el lugar del hombre fuerte, productivo y decisor para convertirse en sujetos percibidos como dependientes. Esta transición afecta su reconocimiento social, sus espacios de socialización y su autoridad dentro del hogar. Ya no comparten jornadas de trabajo ni ocupan el lugar de patrones; su participación en mercados, encuentros y dinámicas comunales se reduce, al tiempo que deben aceptar que los hijos comiencen a intervenir en decisiones sobre la tierra y la vida familiar.

Rafael lo expresó así:

A ratos, pero ya uno a estas alturas de la vida perdió las energías, que uno pueda trabajar, digamos como antes, y por ahí a raticos. Por lo menos este frijol [señala el cultivo] es mi cultivo, por ahí una media hora trabajo y así va uno. [...]

Pues, ¿cómo le digo yo?, hasta los 75 años yo trabajé común y corriente, ahorita no; uno pierde las energías [...] Después de 75 años para arriba uno ya cambia. Uno hasta los 75 va más o menos normal, pero de ahí para arriba va uno decayendo para abajo (Rafael, entrevista, 10 de enero de 2022).

En sus relatos, los mayores evocan con insistencia al hombre fuerte y capaz que fueron, reafirmando el honor, la inteligencia y las capacidades construidas a lo largo de décadas de trabajo. Aunque reconocen la disminución física, no se asumen completamente incapaces: atribuyen el fin del trabajo a accidentes, enfermedades o decisiones familiares más que a una pérdida de valía. Lo verdaderamente doloroso para ellos no es solo dejar de trabajar, sino perder el lugar simbólico que la fuerza y la productividad les otorgaban en la comunidad. La herida no es únicamente física, sino moral, pues implica el desplazamiento de un estatus que durante toda la vida definió su masculinidad. En este sentido, la experiencia masculina de la vejez muestra que el trabajo no desaparece como

referencia identitaria, sino que continúa estructurando la manera en que los hombres interpretan su lugar en la comunidad.

Continuidad femenina del trabajo y el cuidado

En el caso de las mujeres, la relación entre trabajo y vejez se configura de manera distinta. El trabajo femenino no se ha reducido únicamente al cuidado del hogar, sino que incluye la cría de animales y la producción agrícola. Para las mujeres, el trabajo ha sido fundamental para su reconocimiento dentro de la familia y la comunidad; les ayudó a considerarse como mujeres dignas y les permitió recibir el afecto de los padres y obtener reconocimiento social desde la niñez y la juventud, hasta la adultez como madres y esposas. En la vejez, lo más significativo es que el trabajo nunca termina: solo concluye con la muerte o cuando el cuerpo ya no permite realizar esfuerzos físicos. De lo contrario, las mujeres continúan realizando desde labores simples hasta otras más exigentes en la medida de sus posibilidades. Nunca dejan de asumir responsabilidades de cuidado, ya sea de sus hijos, nietos, esposos, animales o de la tierra misma. No se identificó ningún caso de una mujer que, estando en pie, no realizara trabajo alguno; incluso una de ellas, que superaba los 90 años, aún cuidaba una vaca, gallinas y pollos.

Cada mujer mayor, a lo largo de su vida, construye un lugar en su familia y en su comunidad a partir del trabajo, pero, a diferencia de los hombres, este lugar no lo pierden en la vejez. Las labores que realizan desde la niñez como parte central de su trabajo —criar animales y labrar la tierra— las continúan llevando a cabo durante esta etapa, al menos en sus dimensiones más ligadas al cuidado. Si no han enviudado, siguen atendiendo y asistiendo a sus esposos; si tienen hijos varones solteros o viudos, los cuidan de manera similar, y si se encuentran cerca de nietos o bisnietos, también les brindan cuidado. Cuando por alguna razón falta la madre o el padre de sus nietos, ellas asumen el papel de cuidadoras principales, adaptándose a las circunstancias.

En cuanto a las demás actividades que han desempeñado a lo largo de sus vidas —como el trabajo en las huertas cercanas a la casa, la cría de animales y otros oficios como la sastrería o el tejido—, en la vejez reducen la intensidad y la cantidad de trabajo, pero no abandonan estas tareas. Ya no ordeñan cinco vacas, sino una, o, si dejan de ordeñar, continúan alimentando el ganado y proporcionándole agua. Conservan gallinas, venden en algunos casos los huevos o

los destinan al consumo del hogar. Algunas crían ovejas, otras siguen cosiendo, aunque sea solo para sí mismas o eventualmente para algún familiar.

Las mujeres mayores no viven el duelo por el fin del trabajo de la misma manera que los hombres, en primer lugar, porque nunca lo dejan por completo y, en segundo lugar, porque la disminución de la capacidad laboral no las devalúa como mujeres. En este sentido, su identidad no está anclada exclusivamente en la fuerza física ni en la productividad visible, por lo que continúan siendo socialmente reconocidas más allá de sus condiciones de salud. Además, tampoco pierden espacios de participación social, pues históricamente las mujeres rurales no han gozado plenamente de ellos. En términos de independencia económica, en la mayoría de los casos nunca la tuvieron de forma completa a lo largo de su vida. Tampoco experimentan la pérdida simbólica de la tierra como los hombres, dado que esta, por lo común, ha sido considerada del «patrón» hasta la muerte de este. Asimismo, la disminución de su capacidad de trabajo no limita de manera significativa sus entornos de socialización, ya que estos no se han restringido exclusivamente al ámbito productivo.

Solo en contados casos las mujeres trabajaron fuera del hogar. La mayoría trabajó durante su infancia y parte de la juventud en las tierras de sus padres, y posteriormente en las vinculadas a su matrimonio. Cuando trabajaron en tierras ajenas, lo hicieron junto a sus esposos, y estas experiencias las percibieron más como formas de explotación que como actividad laboral. Los oficios que desempeñaron, como la sastrería, los desarrollaron principalmente en sus hogares; estas actividades les permitieron cierto nivel de socialización y reconocimiento dentro de la comunidad, aunque nunca al mismo nivel que los hombres. Desde niñas, su participación en la vida comunal estuvo mediada por la vigilancia de los padres o hermanos mayores y se redujo, en buena parte, a espacios como el culto religioso dominical y las festividades del municipio.

En las entrevistas, las mujeres no se centraron en exaltar sus logros ni en reafirmar su lugar social. Sus relatos se caracterizaron por una forma de narrar más directa que la de los hombres, en la que expusieron sin reservas lo que han sido como mujeres hasta la actualidad. Para ellas, el honor no depende de la cantidad de tierra que se posee ni del reconocimiento público, sino del trabajo cotidiano y del esfuerzo que implicó sostener el hogar, criar a los hijos, cuidar la tierra y garantizar la existencia —y el futuro— de otros. El lugar de honor de las mujeres mayores se ancla en su hogar y les es otorgado por quienes han sido objeto de su cuidado a lo largo de la vida. Sin embargo, no deben pasarse por alto las situa-

ciones de dependencia que marcaron sus trayectorias, la imposibilidad de actuar más allá de lo que les permiten los hijos o la frustración asociada a la pérdida de capacidades. No obstante, para ellas el trabajo y la tierra no representan una pérdida tan dramática ni tan determinante como en el caso de los hombres, pues su valor no se encuentra anclado exclusivamente en lo físico.

George M. Foster (1965) planteó que las sociedades campesinas comparten una concepción particular de los recursos, que denominó «imagen del bien limitado». Desde esta perspectiva, la tierra, la riqueza, el prestigio, el amor e incluso la salud se entienden como bienes finitos, cuya cantidad no puede expandirse; por tanto, la ganancia de un individuo o de una familia implica necesariamente la pérdida de otro. Esta visión del mundo resulta útil para comprender las experiencias de las personas mayores campesinas de Viracachá, quienes han construido su vida alrededor de la tierra y reproducen en sus relatos la idea de que este bien constituye el eje de su existencia y no puede cederse sin consecuencias para la dignidad y la autonomía.

Los testimonios evidencian que, desde la infancia, las personas mayores aprendieron la importancia de «tener lo propio», pues depender de tierras ajenas los convertía en jornaleros sin libertad ni reconocimiento social. En este sentido, la noción propuesta por Foster (1965) sobre la tierra como bien limitado permite comprender las dinámicas de resguardo y defensa que se expresan en afirmaciones como «Yo no vendo mi tierra, que la vendan mis hijos». Esta expresión no remite únicamente a un recurso económico, sino a un símbolo de autonomía, herencia y estatus social porque, como se ha mencionado, para los hombres la posesión de la tierra representa haber alcanzado un lugar de honor dentro de la comunidad, mientras que para las mujeres significa seguridad frente a la orfandad, la viudez o la violencia doméstica.

La misma perspectiva teórica permite iluminar las tensiones vinculadas a la herencia. En los relatos de los hombres y mujeres mayores aparecen conflictos entre hermanos y temores de que los hijos «acaben con todo», lo que refleja una lógica según la cual la tierra no se multiplica, sino que se divide, y cada fracción heredada puede implicar una pérdida de estatus y de posibilidades de subsistencia. En consecuencia, la transmisión de la tierra se encuentra cargada de afectos, expectativas y estrategias de cuidado; es decir, los mayores buscan asegurar su protección en la vejez a través de la herencia, mientras que los hijos la asumen como un derecho o como una forma de recompensa.

En la vejez, la tierra conserva un valor simbólico central. Aunque muchos mayores ya no pueden trabajarla directamente, la defienden como prueba material de sus trayectorias vitales y como base de su identidad campesina. De este modo, la noción del bien limitado se expresa no solo en el plano económico, sino en el moral y social: la tierra legitima el honor masculino al evocar la fuerza desplegada en el pasado y prolonga el cuidado femenino mediante la herencia a los hijos. Así, la propuesta de Foster permite comprender cómo la tierra, en la ruralidad boyacense, constituye simultáneamente sustento, memoria y dignidad, y cómo en la vejez se reafirma como uno de los últimos vínculos con la comunidad y con la vida campesina.

La tierra y los afectos

Así se refirió Gabriela a la tierra como refugio, memoria, herencia y cuidado:

Por allá navegamos mucho, eso mis papas como los de él fueron muy duros, porque no nos entregaron casi cosa mayor, nos tocaba cuidar el ganado. Era en un arriendito por allá, saqué trancitos en arriendo para poder cuidar unas tres reses y él por allá de verse uno alcanzado se iba para la sabana a trabajar, por allá iba y hasta que por allá consiguió platica y vino, y hicimos una ranchita arriba en Chen (Gabriela, entrevista, 21 de diciembre de 2021).

En la vejez, la tierra cumple múltiples funciones, entre las cuales destacan las relacionadas con los afectos. En este contexto rural, la tierra opera como refugio, en tanto constituye el hogar propio, lo que otorga a las personas mayores autoridad y autonomía dentro de su familia. En este caso, los afectos se dirigen también hacia sí mismos; es decir, los mayores se reconocen y se valoran a través del orgullo por lo trabajado y lo conseguido a lo largo de su vida. Este afecto propio se valida a través de la mirada de los otros, mediante el respeto que los hijos y la comunidad profesan hacia la persona mayor.

Otro tipo de afecto se expresa en la relación entre padres e hijos mediada por la tierra. Para hombres y mujeres fue importante conservarla, aunque por razones distintas. Las mujeres, de manera reiterada en las entrevistas, señalaron la importancia de preservar la tierra para los hijos en el presente y en el futuro. Para ellas, heredar tierra constituye una extensión del cuidado que trasciende incluso la muerte. Casos como el de doña Sanrosa muestran cómo muchas mujeres debieron enfrentarse a sus esposos para evitar que «acabaran con todo» y así

garantizar algo que dejar a sus hijos en herencia. La tierra que ella logró proteger y transmitir a su descendencia fue la misma que había heredado de sus padres. En este sentido, las mujeres reconocen el valor de la herencia como una forma de cuidado intergeneracional, pues una parte importante de su propia supervivencia y de la de sus hijos cuando eran pequeños fue posible gracias a lo heredado.

Las mujeres mayores buscan prolongar el cuidado hacia sus hijos durante toda su vida y aun después de ella. Por esta razón, no esperan necesariamente a fallecer para que sus hijos puedan trabajar la tierra, sino que consideran fundamental dejar las tierras legalizadas y a sus hijos reconocidos como propietarios con anticipación. En muchos casos, permiten que los hijos que lo necesiten trabajen la tierra y vivan de ella incluso antes de que el proceso de herencia esté completamente formalizado. Para ellas, este acto de decisión y entrega resulta más factible cuando ya son viudas, pues es entonces cuando, por primera vez, pueden decir con plena libertad: «Esto es mío», y decidir sobre ello sin mediaciones.

Herencia, cuidado y negociación en la vejez

El cuidado ha sido socialmente construido como una tarea femenina, de modo que la procuración de la existencia y del bienestar familiar ha recaído casi exclusivamente sobre las mujeres. En este marco, los hombres quedan en gran medida desligados de las labores de cuidado hacia sus hijos, no solo durante la infancia, sino en la adultez y, con mayor énfasis, después de la muerte de la esposa. Aunque en los relatos de los hombres aparece la preocupación por heredar a los hijos, esta acción suele tener una correspondencia social que refuerza su honor y dignidad como «buenos hombres» y, al mismo tiempo, funciona como una forma de asegurar cuidados en la vejez, más que como una práctica directa de cuidado.

La tierra se configura como un objeto intercambiable de cuidado. Para las personas mayores opera como un seguro en múltiples sentidos, especialmente frente a la vulnerabilidad física que acompaña la vejez. Aunque muchos han legado sus tierras a sus hijos o les han permitido trabajarlas con anticipación, estas decisiones no responden únicamente a un deber moral, sino a una forma de negociar protección, presencia y cuidado. Es decir, la herencia implica expectativas de reciprocidad, pues a cambio de ella se espera cuidado, acompañamiento y reconocimiento. A medida que los hombres mayores reconocen los límites del cuerpo, comienzan a ceder decisiones sobre la tierra y sobre sí mismos, aunque

mantienen, no obstante, una autoridad simbólica, porque incluso cuando legalmente ya no poseen las tierras, no las abandonan del todo.

Si uno de los hijos asume la atención directa en situaciones de enfermedad o dependencia, puede recibir una mayor porción de tierras como forma de compensación. Así, la transmisión de la tierra articula afectos, estrategias de protección y arreglos intergeneracionales que combinan deber moral, cálculo práctico y continuidad familiar.

En la vejez, dejar de trabajar implica una pérdida de autonomía y de control sobre la propia vida. El siguiente testimonio lo evidencia con claridad.

Por eso no me dejaron estudiar más, porque vendieron las fincas de aquí y se fueron para Ramiquí los ancianos y a mí me echaron la carga que yo solo tenía que trabajar para ellos. Mis hermanos estaban regados por allá, y a mí me tocó quedarme viendo por los viejos. Duré 25 años trabajando para ellos: sembrándoles, cosechándoles, y cuando necesitaba para mi ropa me iba a la sabana a trabajar y volvía otra vez a lo mismo. Toda la cosecha era para ellos. Por eso fue que yo me independicé. [...]

Yo dejé de trabajar hace 10 años. Ese día fui a sembrar, dejé los animales con agua y pasto y me fui para misa. Allá en la iglesia me dio el mareo, una debilidad muy fea. Después me llevaron al puesto de salud y dijeron que tenía la tensión bajísima. Cuando salí del hospital me dijeron que tenía que vender los animales, que si no me podía dar otro ataque. Yo les hice caso. Vendieron los animales y desde ahí no volví ni a sembrar ni a cuidar (Pedro Luis, entrevista, 17 de diciembre de 2021).

Los afectos se expresan de múltiples maneras en la relación con la tierra. Hablar de heredar no significa únicamente transferir una extensión física de terreno, sino también ceder en un sentido simbólico. Las personas mayores habitan una tierra que es suya y, al mismo tiempo, ya no lo es del todo. Aunque no siempre hayan entregado formalmente las propiedades, en muchos casos han cedido el poder de decisión sobre estas a sus hijos o familiares. Este acto lo realizan las personas mayores como forma de reconocimiento, pero también como expresión de resignación, ya que conocen los límites de su cuerpo, reconocen sus fortalezas y debilidades, y saben cuáles actividades pueden realizar y cuáles ya no. Por ello, logran identificar cuándo aceptar las imposiciones, aunque sea de manera parcial, y cuándo resignarse por completo. Este reconocimiento de la propia vulnerabilidad constituye un afecto, en tanto se validan a sí mismos al mismo tiempo que reconocen las capacidades, ventajas y necesidades de los hijos. Saben que la tierra pasará a ser de ellos, respetan el lugar de autoridad de la nueva gene-

ración y aceptan la transición como parte del curso de la vida. Ceder, en este sentido, también es una forma de afecto, ya que implica reconocer el valor, la autoridad y el poder que ejercieron en el pasado y aceptar su transformación.

En los afectos ligados a la memoria aparece también la preocupación por lo que pasará después de la muerte. Para las personas mayores, el futuro posterior al fallecimiento importa incluso antes de que este suceda. La muerte se entiende como voluntad divina, ajena a la decisión humana, y, como buenos cristianos, consideran su deber dejar todo en orden en este mundo. «Tener las maletas listas», como ellos mismos lo expresan, implica dejar las cuentas saldadas y la tierra en manos de quien debe estar. Ser buen cristiano implica también ser buen padre y, en esa medida, entregar a los hijos lo que les corresponde no solo es un deber moral, sino una estrategia para evitar conflictos entre los herederos. Cumplir con este deber les otorga una imagen social adecuada en el mundo campesino, es decir, les permite ser valorados como padres correctos y responsables. Por ello, para casi todos los mayores resulta fundamental decir que ya legalizaron las tierras, que ya escrituraron a los hijos y que todo «está en orden», como corresponde. Así, el vínculo con la tierra en la vejez no se limita a su dimensión productiva, sino que se transforma en un recurso simbólico y relacional que organiza las dinámicas de cuidado y continuidad familiar.

Consideraciones finales

El análisis presentado en este artículo permitió comprender que la vejez en la ruralidad boyacense no puede pensarse como una etapa de ruptura con la vida productiva, sino como la continuidad de trayectorias vitales profundamente ancladas en la tierra y el trabajo. A lo largo del curso de vida de las personas mayores de Viracachá, la tierra se configuró como soporte material y simbólico de la existencia campesina, organizando no solo la subsistencia, sino también la identidad, las relaciones de género, los afectos, la herencia y las formas de cuidado.

Los resultados muestran que la identidad campesina se construye desde la infancia a partir del trabajo temprano, la incorporación del esfuerzo como valor moral y la experiencia del cuerpo como herramienta fundamental de supervivencia. La escolaridad fragmentada o ausente formó parte estructural de estas trayectorias, especialmente en el caso de las mujeres, quienes asumieron desde edades tempranas labores de cuidado, trabajo doméstico y productivo, a través de una doble y, en muchos casos, triple jornada a lo largo de sus vidas.

La tierra emergió como núcleo de las relaciones familiares, de las alianzas matrimoniales, de los conflictos y de los vínculos intergeneracionales. Para los hombres, poseer tierra significó alcanzar un lugar de honor dentro de la comunidad, mientras que para las mujeres representó protección frente a la orfandad, la viudez y la violencia. En ambos casos, la herencia se configuró como una forma de cuidado extendido en el tiempo, una manera de asegurar la continuidad de la vida familiar incluso después de la muerte.

En la vejez, las desigualdades de género se expresan con particular fuerza. Para los hombres, la pérdida de la capacidad de trabajo implica una transformación dolorosa del estatus social, la masculinidad y la dignidad, al verse desplazados del lugar de proveedores, trabajadores y decisores. En contraste, las mujeres no experimentan el fin del trabajo como una pérdida radical, ya que su labor de cuidado, su vínculo con los animales, las huertas y la vida doméstica se mantiene hasta que el cuerpo se lo permite. Mientras los hombres viven la vejez desde la pérdida del reconocimiento público, las mujeres sostienen esta etapa desde la continuidad del cuidado.

La tierra funciona también como un bien en disputa y como un seguro de subsistencia, de cuidado y de reconocimiento. A través de su cesión anticipada, los mayores negocian protección, afecto y presencia en la vejez, al tiempo que buscan evitar conflictos futuros entre los herederos. El acto de ceder la tierra, lejos de ser solo una transferencia material, constituye una forma simbólica de afecto, reconocimiento y aceptación de la transición generacional.

Estos hallazgos abren la posibilidad de futuras investigaciones orientadas a comprender cómo las nuevas generaciones campesinas experimentarán la vejez en contextos de transformación productiva, migración juvenil y cambios en las dinámicas familiares. Asimismo, resulta pertinente explorar cómo las políticas públicas rurales inciden en la relación entre tierra, trabajo y envejecimiento, especialmente en escenarios donde la propiedad se fragmenta o se debilita el relevo generacional.

Finalmente, esta investigación aporta a los estudios sobre vejez rural al mostrar que la vejez campesina no se organiza desde la pasividad ni la retirada, sino desde la continuidad del trabajo, el cuidado, la fe, la memoria y la pertenencia territorial. La tierra no solo sostiene cuerpos, sino también biografías, afectos y dignidades. En este sentido, la vejez campesina se afirma como una etapa de resignificación de la vida, en la que el pasado, el presente y el futuro se entrelazan alrededor del territorio como último gran soporte de la existencia.

Bibliografía citada

- Atchley, Robert C. (1989). A Continuity Theory of Normal Aging. *The Gerontology*, 29(2), pp. 183-190. DOI: <https://doi.org/10.1093/geront/29.2.183>
- Caballero Calderón, Eduardo. (1974). *Los campesinos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. (Biblioteca Colombiana de Cultura, colección popular, 145).
- Caro Molina, Pamela. (2017). El lugar social de la vejez en territorios rurales de Aconcagua: un análisis de género. *Polis*, 16(48), pp. 201-221. DOI: <https://doi.org/10.4067/S0718-65682017000300201>
- Chayanov, Alexander V. (1974). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Crenshaw, Kimberle. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory, and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, (1), pp. 139-167. Disponible en <https://chicagounbound.uchicago.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1052&context=ucf>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2018). Censo Nacional de Población y Vivienda 2018. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-nacional-de-poblacion-y-vivenda-2018>
- Dulcey-Ruiz, Elisa. (2015). *Envejecimiento y vejez: categorías y conceptos*. Bogotá: Fundación Cepsiger para el Desarrollo Humano.
- Foster, George M. (1965). El carácter del campesinado. *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, (1), pp. 83-106.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. (1996). *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Montes de Oca Zavala, Verónica. (Coord.). (2013). *Envejecimiento en América Latina y el Caribe. Enfoques en investigación y docencia de la Red Latinoamericana de Investigación en Envejecimiento (LARNA)*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Powell, Jason L., y Khan, Hafiz. (2014). Ageing in Post-Industrial Society: Trends and Trajectories. *Journal of Globalization Studies*, 5(2), pp. 143-151. Disponible en <https://www.sociostudies.org/journal/articles/254614/>
- Wolf, Eric R. (1982). *Los campesinos*. Barcelona: Editorial Labor.

Cómo citar este artículo:

Fonseca Tobasura, María Isabel, y Tobasura Acuña, Isaías. (2026). La tierra como soporte material y simbólico de los adultos mayores en Viracachá, Boyacá, Colombia. *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, 21, pp. 1-27. DOI: <https://doi.org/10.22201/cim-sur.18704115e.2026.v21.836>